

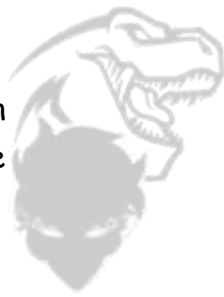


Capítulo 214 - El incidente con Roxanne.

"Ah... qué pereza..." murmuró Vergil mientras abría lentamente los ojos, solo para encontrar a su hermosa esposa pelirroja durmiendo pacíficamente sobre su pecho.

"¿Katharina?" susurró, notando cómo su largo cabello rojo lo envolvía como un abrazo protector.

"¿Hm? Ah, ya estás despierto", respondió Katharina, incorporándose con gracia y frotándose los ojos antes de acomodarse en su regazo. Una suave sonrisa iluminó su rostro al mirarlo.



"¿Qué pasó?" preguntó Vergil, todavía un poco desorientado.

Katharina se encogió de hombros con indiferencia, aunque un brillo juguetón brilló en sus ojos. «Bueno, después de que te rechazaran esas dos leales a la Iglesia que intentaste contratar como sirvientas, te enojaste y decidiste dormir la mona. Claramente, tu confianza se vio afectada».

Vergil suspiró, desviando la mirada mientras una sonrisa irónica se dibujaba en sus labios. Sabía que a Katharina no le hacía mucha gracia la idea de rodearse de más mujeres, pero, por suerte, su paciencia era extraordinaria.

—Cierto... pero da igual. —Miró al techo un momento antes de preguntar—: ¿Dónde están ahora?



"Morgana hizo lo que mejor sabe hacer. Investigó en su pasado y descubrió algunos detalles bastante... interesantes sobre el querido Papa y la Inquisición", dijo Katharina con una sonrisa entre dulce y sutilmente malvada.

Vergil lo comprendió al instante. «Ah, así que sembró la duda en ellos. Qué astuto. Siempre supe que la Inquisición estaba podrida en más de un sentido. Ninguna organización es completamente justa ni incorruptible; eso simplemente no existe».

Katharina ladeó la cabeza, asintiendo. "En efecto. Pero ¿sabes qué es irónico? Comparados con los demás, los demonios parecemos ser los más... moralmente equilibrados. Y eso es aterrador si lo piensas."

Vergil rió entre dientes, con una voz baja e irónica. «Nunca pensé que viviría para oír a alguien llamar a los demonios 'el lado bueno de la balanza'. Pero ahora que lo pienso, tienes razón. Los Ángeles Caídos solo quieren más guerra, la Inquisición cree que puede justificar cualquier cosa en nombre del 'bien común', y nosotros... bueno, estamos aquí, manteniendo el mundo humano en marcha y creando entretenimiento».



"Sí, parece casi una broma cósmica", comentó Katharina, cruzando los brazos con una sonrisa maliciosa.

Vergil asintió, aunque su expresión se tornó más seria. "Aun así, no podemos bajar la guardia."

—Estoy de acuerdo. Por eso le pedí a Morgana que mapeara toda la ciudad. Está buscando cualquier cosa relevante, sobre todo los Fragmentos de Excalibur —respondió Katharina, centrándose en lo práctico.



—Bien. Cuanto antes sepamos dónde están esos fragmentos, mejor. No podemos dejar que caigan en las manos equivocadas —dijo Vergil con un tono cargado de determinación.

Katharina se acercó, acariciando suavemente el rostro de Vergil, y su sonrisa se suavizó. "Que el mundo espere un poco más, mi amor. Nos encargaremos de todo cuando llegue el momento".

Vergil suspiró, sintiendo que el peso de su pecho se aliviaba al acurrucarse Katharina contra él. Su calor era reconfortante, casi como un escudo contra los problemas del mundo, pero algo en su interior le impedía relajarse del todo.

De repente, una sensación de inquietud se apoderó de él. "¿Dónde está Roxanne?", preguntó, con una preocupación en la voz que Katharina no pudo ignorar.

—¿Hm? —Levantó la cabeza, sorprendida por el repentino cambio de tono—. Ah... fue a visitar a su madre.

De inmediato, la expresión de Vergil se endureció y entrecerró los ojos. "¿No la detuviste? Te dije que no quería que fuera allí mientras ese... hombre estuviera cerca", exigió Vergil, con la voz irritada.

Katharina suspiró, cruzándose de brazos; la sonrisa se le torció un poco. "Bueno... considerando lo disgustada que la dejaste al olvidar que se suponía que era su tiempo contigo y, en cambio, intentar conquistar a dos mujeres". Su tono era brusco, pero su expresión se suavizó, adoptando una expresión más resignada.

No disfrutaba ir en contra de su marido, pero esta vez... claramente se había metido en problemas con Roxanne. Vergil cerró los ojos y exhaló un profundo





suspiro. Sabía que Katharina tenía razón, aunque admitir que era otra historia. «Nunca quise hacerle daño...».

—Lo sé, pero eso no cambia el hecho de que la cagaste, mi amor —dijo Katharina, con voz más suave—. Se sintió marginada. Así que cuando mencionó visitar a su madre, bueno, no pude hacer mucho para detenerla.

Vergil guardó silencio un momento, asimilando las palabras de Katharina. Finalmente, asintió, aunque la preocupación en su rostro no desapareció. "Lo entiendo... pero aun así, esa ma—"

Antes de que pudiera terminar, una sensación abrumadora lo golpeó como si el peso del mundo se derrumbara. Su cuerpo se tensó y entrecerró los ojos con furia contenida.

"Él la tocó."

Las palabras salieron como un susurro cortante, tan agudo que dejó a Katharina paralizada. Antes de que pudiera reaccionar, Vergil la apartó con suavidad, de pie con una intensidad que hizo que el aire a su alrededor se sintiera pesado.

"Qué vas a—"

—El contrato se activó —interrumpió con la voz helada por la rabia—. Roxanne se siente amenazada.

Katharina frunció el ceño, pero rápidamente sus ojos se abrieron al comprender la gravedad de la situación.





Vergil se puso de pie, y un aura de instinto asesino comenzó a irradiar de su cuerpo, llenando el espacio con una presión sofocante. Apretó los puños con fuerza, y su mirada parecía capaz de atravesar cualquier obstáculo entre él y su objetivo.

—Intentó matar a Stella antes —continuó Vergil, con un tono bajo y letal—. Zafiro lo detuvo la última vez. Pero ahora... ahora siento que Roxanne está en peligro.

Katharina suspiró resignada, aunque la preocupación se reflejaba en sus ojos. "Vete, Vergil", dijo con calma.

Él la miró. "Infórmale a tu madre."

Sin perder ni un segundo más, desapareció, dejando solo los últimos restos de su aura.

[Reina del Castillo de Sitri]

—Qué ironía tan retorcida —dijo Ashborne, con la voz llena de desdén mientras observaba la escena. Sujetó a Stella por el cuello con una facilidad inquietante, como si no fuera más que un objeto desechable—. Mi exesposa y mi propia hija... ¿intentando matarme? Qué patético.

Stella, la otrora poderosa Reina Demonio, colgaba flácida entre sus brazos. Le habían arrancado brutalmente ambos brazos y una pierna tenía un corte tan profundo que el hueso expuesto brillaba bajo la tenue luz del gran salón. La sangre goteaba sin parar, formando charcos carmesí sobre el suelo de mármol negro.





—Para... —Roxanne intentó hablar, su voz apenas un susurro mientras luchaba por levantarse. Pero su cuerpo, agotado y destrozado, se negaba a obedecerla. Yacía en el suelo, luchando contra el dolor y la desesperación que amenazaban con consumirla.

Ashborne la miró fría y cruelmente, con una sonrisa sádica en los labios. "¿Parar? No estás en posición de darme órdenes, querida hija. No después de presenciar lo que les sucede a quienes se atreven a desafiar-me."

Roxanne temblaba, con una mezcla de dolor y furia recorriéndola. Sus manos arañaban débilmente el suelo, desesperada por levantarse, pero las fuerzas la habían abandonado. A pesar de todo, sus ojos aún ardían de determinación, incluso mientras lágrimas de impotencia corrían por su rostro.

Ashborne rió, una risa seca y cruel que resonó por todo el pasillo. «Ah, esa expresión... Es casi conmovedora. Pero no has aprendido nada, ¿verdad? La rebelión solo conduce a la destrucción. Ambos deberían haberse rendido a lo inevitable».



Apretó el cuello de Stella con más fuerza, como para enfatizar sus palabras, provocando un débil gemido de la Reina Demonio. El sonido fue suficiente para que Roxanne luchara desesperadamente por moverse, pero su cuerpo simplemente se negaba a responder.

El aire en el pasillo parecía congelarse, la tensión era tan densa que era casi imposible respirar.

Antes de que Ashborne pudiera terminar el trabajo y aplastar el cuello de Stella, una presencia abrumadora atravesó la oscuridad como una tormenta silenciosa. Un viento gélido y poderoso inundó la habitación, y en un abrir y cerrar de ojos, apareció un hombre.



Apareció primero junto a Roxanne, arrodillado junto a ella con una expresión tranquila pero decidida. Con un gesto suave, colocó una mano sobre sus heridas; su voz resonaba con absoluta autoridad:

"Te ordeno que sanes." La Energía Demoníaca que saturaba el mundo respondió al instante a su orden, fluyendo como un río sumiso. Las heridas de Roxanne comenzaron a cerrarse rápidamente, la hemorragia se detuvo y la vitalidad regresó a su cuerpo.

—Mi amor...—murmuró Roxanne, mirándolo con una mezcla de alivio y admiración.

Sin embargo, Vergil no perdió tiempo. Antes de que ella pudiera decir nada más, le asestó un golpe ligero pero preciso en un costado de la cabeza, provocándole un leve desmayo.

"Es mejor que no vea lo que está a punto de pasar aquí", dijo con calma, envolviendo el cuerpo de Roxanne en una barrera protectora hecha de pura energía.

Al ponerse de pie, Vergil suspiró, con una leve sensación de culpa en el rostro. «Fui descuidado... Mi descuido lastimó a mi esposa... Me perdonaré después, pero... antes de eso... eliminaré al responsable de esto».

Sin embargo, sus ojos se dirigieron rápidamente a Stella, que todavía luchaba por respirar bajo el cruel agarre de Ashborne.

—Suegra —comenzó en voz baja pero con una peligrosa serenidad—, ¿cuáles son las probabilidades de que mate a este bastardo sin que Roxanne se enoje conmigo?





Stella, con las pocas fuerzas que le quedaban, logró hablar entre respiraciones entrecortadas: "Ella... será... feliz..." Stella se desmayó.

Vergil ladeó levemente la cabeza, asimilando sus palabras. "Ya veo."

Su mirada volvió a Ashborne, ahora con una intensidad que hacía vibrar el aire a su alrededor. Una leve sonrisa curvó los labios de Vergil al dar un paso al frente.

"Parece", murmuró, "que tendré que matar al padre de mi esposa".

